

LA HISTORIA DE 'MILA', LA CHICA QUE QUISO SER HOMBRE Y HA VUELTO A SER MUJER

La historia de Mila fue contada por Le Figaro. «Yo destruí mi cuerpo», dice ella.



Foto de contexto, de Molly Blackbird en Unplash

Redacción (08/06/2022 16:37, Gaudium Press) Le Figaro de finales del año pasado ofrecía a sus lectores la dramática historia de Mila (nombre ficticio), mujer que se sometió a diversas intervenciones para adquirir apariencia masculina, pero que ahora vuelve a ser mujer. La traducción de abajo, publicada por Religion en Libertad es de Verbum caro:

Los días de llamarse a sí misma «él» han terminado. A los 26 años, Mila (el nombre ha sido modificado) ha pasado la página de la identidad trans. La chica que se convirtió en hombre ha vuelto a ser mujer. Un chico, una chica... Desde hace poco más de un año, Mila es lo que se conoce como «una persona extragénero». Su pelo castaño, peinado hacia atrás, enmarca un rostro de rasgos finos. Su voz ha recuperado un tono más bajo. Sin

embargo, sigue siendo un hombre en su estado civil. Un paso que todavía tiene que dar, porque necesita tiempo para demostrar a los tribunales que no volverá a retroceder. Hoy, con voz tranquila, cuenta los años en que vivió como un hombre. Como un viejo recuerdo.

Pero después de siete años de testosterona y varias cirugías, no puede volver a la casilla de salida. «He destruido mi cuerpo, pero me ayudaron a hacerlo. Destruí mi cuerpo pensando que mejoraría (...) Ya no tengo pechos. Ya no tengo útero. Ya no tengo ovarios. Tengo que lidiar con las desastrosas consecuencias de mi transición», escribió a finales de 2021, llena de «una ira terrible». Un año después, la ira se ha calmado. Mila ha retomado el hilo de su vida donde lo dejó cuando era adolescente. Como si su transición hubiera sido solo un paréntesis.

«Me corté el pelo igual que entonces. Por fin vi los problemas que había ocultado durante mi transición», explica. ¿Cómo ve ella este periodo? Cuando era adolescente en un colegio católico de una pequeña ciudad de provincias, Mila se dio cuenta de que le atraían las chicas. En el instituto, sus preferencias se confirmaron. Pero ser «una chica a la que le gustan las chicas» la incomodaba. Llega a la conclusión de que estaba destinada a ser un chico. Sobre todo porque, en medio del revuelo de la votación de la ley del Marriage pour Tous [Matrimonio para todos], la llamaron «sucía lesbiana».

En los foros dedicados a la comunidad trans, se reforzó su convicción de que había nacido en el cuerpo equivocado. «Al principio es todo un poco raro. Hay momentos de duda en los que te preguntas si te estás inventando una vida. Pero a los 16 años y medio, el cerebro puede aferrarse fácilmente a esta idea. Y una vez que has empezado, parece imposible salir», dice.

Cuando llegó a París, se dirigió a las asociaciones de transexuales, donde fue asesorada por un médico complaciente que le recetó testosterona sin hacer demasiadas preguntas. «En la primera cita, me dijo: 'Cuando te veo, veo a un hombre'. Fue muy rápido», informa Mila.

Cuando cumplió 18 años, se puso su primera inyección de hormonas. Durante unos años, este tratamiento fue suficiente para ella, ya que su cuerpo cambió rápidamente. Su voz cambió. Se volvió «peluda como un oso». Su rostro y sus hombros ensancharon. Y entonces, poco a poco, Mila ya no podía soportar su cuerpo. «Mi sexo, mis pechos me molestaban. Con la testosterona engordé y me salió barriga. Me volví obsesiva, contaba todas mis calorías. Estuve al borde de la anorexia», recuerda. Amargamente, denuncia: «Durante todo ese periodo, no tuve ningún seguimiento psicológico».

«Estaba como anestesiada»

Justo antes de cumplir 21 años, se sometió a su primera operación -una histerectomía- para librarse de los dolores ginecológicos y facilitar su cambio de sexo. Por supuesto, ella «nunca había querido tener hijos», pero saber que nunca se podrán tener es «diferente». En 2018, un tribunal registró su cambio de sexo en su estado civil. Mila,

ahora Milo, comienza su vida adulta como «señor». Para que sus papeles coincidan plenamente con su identidad, se somete a una mastectomía (extirpación de los pechos) un año después. Su último vínculo con la feminidad se ha roto. Lo que queda es un torso «plano y con cicatrices».

«En ese momento, estaba claramente deprimida», dice. «Mi malestar se disparó. Después de las dietas drásticas, desarrollé una tendencia a la bulimia. Ya no veía a nadie fuera de mi familia. Ya no tenía vida amorosa. Mi vida social estaba destrozada. Sin embargo, en ningún momento me cuestioné mi identidad trans. Estaba como anestesiada, desconectada de mis emociones».

Fue cuando, al acudir a un psiquiatra, Mila empezó a hacerse preguntas de nuevo. También tuvo un encuentro decisivo con una mujer que había seguido el mismo camino que ella: «Juntas pudimos avanzar, plantearnos todas las preguntas que eran demasiado difíciles de afrontar solas. Sin su apoyo, este viaje habría sido imposible». La vuelta atrás no se hizo repentinamente. Durante unos meses, Mila se consideró «no binaria». «Un paso hasta el día en que comprendí que no era ni sería nunca un hombre. Y lo que es más importante, entendí que era una mujer».

«Despertar de una larga pesadilla»

Para encontrarse a sí misma no basta con dejar de tomar testosterona. A falta de ovarios, Mila debe tomar estrógenos para reencontrarse con su feminidad. También tiene que aceptar lo irreversible. «Hoy estoy mutilada. Fue un gran duelo darme cuenta de que los médicos me habían dejado esterilizar a los 21 años y que había arruinado mi cuerpo», dice.

«Afortunadamente, me libré de la aparición de la calvicie. Pude recuperar mi cara y mi piel no quedó muy dañada». Mirando hacia atrás, analiza esta transición a otro género como una forma de «misoginia interiorizada» que finalmente consiguió superar. Hoy, Mila siente que ha «despertado de una larga pesadilla» y ha aceptado que había escogido el camino equivocado. Se niega a que la confusión estropee su gran sonrisa. Su única preocupación es la de los niños y adolescentes trans que están en una transición.

«Antes de los 25 años, el cerebro no ha terminado de desarrollarse. A menudo, los remordimientos aparecen a partir de ese período de la vida, cuando los tormentos de la adolescencia han terminado. ¿Cómo es posible que los menores tomen este tipo de decisiones? Es una aberración total», dice. Por eso, aunque le costó un tiempo acceder a contar su historia, a confiarse, cree que es importante hablar para avisar del peligro.